

VER:

Muchos recordamos la película “La tentación vive arriba”. En esta comedia, un hombre de mediana edad, que se ha quedado solo mientras su familia está de vacaciones, empieza a imaginarse una relación con una joven que se ha instalado en el piso de arriba. La película muestra cómo él intenta resistirse a la tentación pero, a la vez, se siente atraído por ella una y otra vez. Por eso, tomando el título de la película, se utiliza la expresión “la tentación vive arriba” cuando nos referimos a lo muy cerca que tenemos la ocasión de caer en la tentación y, por tanto, pecar.

JUZGAR:

El Evangelio del primer domingo de Cuaresma nos ofrece siempre el relato de las tentaciones que Jesús sufrió en el desierto. La versión según san Lucas añade un detalle al final: *Acabada toda tentación, el demonio se marchó hasta otra ocasión*. La tentación no es algo que se venza de una vez para siempre; “la tentación vive arriba”, muy cerca, y nos va a llegar en múltiples ocasiones y maneras, unas veces más claramente, otras de una forma sutil, seductora. Y, como el protagonista de la película, nos encontraremos con el dilema de querer resistirnos pero, a la vez, sentirnos atraídos y querer caer.

Las tres tentaciones de Jesús resumen tres tipos de tentación que “viven arriba”, muy cercanas, y que todos sufrimos en diferentes formas y grados en nuestra vida cotidiana:

Di a esta piedra que se convierta en pan es la tentación de centrar nuestra vida sólo en lo material. Por esta tentación, nuestro mayor esfuerzo e interés lo ponemos en poseer, en consumir aunque no nos haga falta, en pasatiempos y distracciones, y acabamos “no teniendo tiempo” para Dios, ni para la parroquia, ni para asumir un compromiso evangelizador, fruto de la fe que decimos tener.

Te daré el poder y la gloria de todo eso... es la tentación de “endiosarnos”, de sentirnos poderosos, superiores a otros, de querer recibir alabanzas y reconocimientos, y de controlar a los demás, aunque sea en el pequeño círculo de nuestra vida.

Tírate de aquí abajo, porque está escrito: “Ha dado órdenes a sus ángeles para que te cuiden” es la tentación de pretender justificar desde Dios lo que son nuestras propias ideas, decisiones y actos, que llevamos a cabo sin habernos detenido previamente en la oración a averiguar si es lo que Dios nos pide, o no.

En resumen: la “tentación que vive arriba” de todos nosotros, aunque no lo reconozcamos expresamente, es prescindir de Dios, que Él no sea el centro de nuestra vida, sino serlo nosotros.

La Cuaresma es el tiempo de gracia que la Iglesia nos ofrece para reconocer las tentaciones que nos acechan y, una vez reconocidas, “descentrarnos” y poner a Dios en el centro de nuestra vida y nuestro amor. Y las lecturas de este domingo nos ofrecen varias pistas para ello.

Podemos hacer memoria, “re-cordar”, volver a pasar por el corazón la acción de Dios en nuestra vida, como indicaba la 1ª lectura: *Mi padre fue un arameo errante... Los egipcios nos maltrataron... El Señor nos sacó con signos y prodigios, y nos trajo a este lugar...* En Cuaresma podemos pensar en nuestra vida, por dónde hemos ido errando, en qué esclavitudes hemos caído, cómo ha obrado el Señor, qué signos ha realizado para que lleguemos a nuestra situación actual... y reconocer que no se ha debido a nuestros méritos, sino a que Él ha estado en el centro de nuestra vida, presente y activo.

En el Evangelio, Jesús nos indica el mejor modo de “descentrarnos”: *Está escrito...* La Palabra de Dios es la que nos va a enseñar a identificar nuestras tentaciones y a poner a Dios en el centro.

Y, si “la tentación vive arriba” y nos ronda constantemente, también la Palabra *está cerca de ti*, como nos recordaba la 2ª lectura. Una Palabra que no sólo debe ser leída (*la tienes en los labios...*), sino sobre todo orada e interiorizada (*...y en el corazón*). La Cuaresma nos ofrece un tiempo de gracia para situar la Palabra de Dios en el centro de nuestra espiritualidad, para alimentarnos de ella.

ACTUAR:

Estamos al comienzo del camino cuaresmal, pero no lo recorreremos solos. Igual que *el Espíritu fue llevando a Jesús durante cuarenta días por el desierto*, también el Espíritu nos va a acompañar a nosotros durante toda la Cuaresma y la Pascua, hasta Pentecostés, para enseñarnos a reconocer la tentación, para ayudarnos a vencerla, para que la Palabra de Dios esté en nuestros labios y en nuestro corazón y así podamos alcanzar la salvación que Jesús nos trajo con su Pasión, muerte y Resurrección.